

Cador el envidioso

Flordaliza

(Josefina Moll Boscana)

Bajo el manto azul con que Dios cobija por igual a todos los hombres, hubo una vez un ser, envidioso a tal extremo, que por envidiar, envidiaba hasta el soplo de aire que respiraban las demás criaturas y hasta el rayo de sol que iba a dar calor a sus cuerpos.

Cador llamábase este ser, miserable entre los miserables.

Era joven y envidiaba la juventud; era hermoso y codiciaba la belleza; era amado –suprema felicidad de la vida– y tenía envidia del amor que iba a embellecer otras almas. Era noble, rico, poderoso, pero siempre en ansia de más, el desgraciado se moría de envidia.

Vivía en el campo porque el bullicio de las ciudades que parecía revelar en los que la habitaban una alegría de que él no podía disfrutar, le enfermaba. Pero, aún en su aislamiento, no lograba verse libre de su obsesión; cualquier escena de felicidad que contemplara en sus pasos solitarios, un par de chicuelos retozando alegremente sobre la yerba, un matrimonio joven en el umbral de su casa, una doncella cantase, sonriendo a sus ensueños de amor, eran cosas que le producían un sufrimiento intolerable.

En cierta ocasión, andando por una vereda abierta en el interior de una montaña, Cador experimentó a la vez el mayor placer y el mayor dolor de su vida.

Comenzaba la Primavera y bajo el cielo, de un tinte pálido, sentíase el dulce estremecimiento de los árboles que parecían desperezarse estirando sus largos brazos recién vestidos de verde, como si la selva a semejanza de la *Bella del bosque durmiente*, acabase de despertar de su sueño encantado. Todo revivía adquiriendo nueva juventud y savia nueva, y aquella risueña florescencia pareció invadir también el

alma del envidioso, haciendo brotar en ella, como campánulas abiertas a la luz, sentimientos de calma y de dulzura por él ignorados. Al borde de un ribazo lleno de flores, sus ojos divisaron una pobre choza de paja cuya única belleza la constituía un poco de yedra que se enlazaba a sus paredes.

Al contemplarla, Cador tuvo una sacudida de gozo porque el dolor horrible que mordía su corazón en presencia del bien ajeno no había llegado aquella vez. Ya no envidiaba!

Pero, en el mismo instante dirigió una mirada distraída al interior de la choza y el dolor espantoso ¡oh! llegó más fuerte que nunca; en el fondo de aquella morada, sentados en un banco rústico, vio una pareja de enamorados que hablaban en voz baja, con las manos enlazadas, las pupilas del uno clavadas en las del otro.

Cador tuvo un momento de ira; ¿era posible que hasta en medio de aquellas soledades fuese a perseguirle la dicha de los demás? Mientras así pensaba, los dos jóvenes salieron a la puerta de la cabaña, y al dirigir una mirada a la muchacha, el envidioso quedó deslumbrado, olvidando hasta su misma envidia.

Sin embargo, a primera vista la joven no parecía bonita; quizás no lo fuera ni aún mirándola detenidamente. Era pequeñita, endeble, delicada; pero de todo su ser se desprendía un encanto extraño, una fragancia penetrante de juventud, de gracia y de frescura, como si fuera ella la última y más deliciosa nota de la Primavera, y al alzar hacia el desconocido sus pupilas, de un azul semejante al de las pervincas, él sintió que aquella mirada hacía vibrar en su alma una cuerda, muda hasta entonces. Nunca los ojos de mujer alguna, ni los ojos negros de su prometida, radiantes de pasión, habían sabido expresarle lo que acababa de entrever en aquella mirada indiferente.

¡Cómo, mientras ellos hablaban sentía Cador que la envidia le devoraba! Envidia de aquel joven que no poseía en el mundo más bien que el cariño de su novia; envidia y odio, porque mientras más contemplaba a la muchacha, más comprendía que no había sabido hasta entonces lo que era amor, y que este se adueñaba por fin de su corazón con toda la fuerza y todo el atractivo de lo que lleva el nombre de imposible.

Fuese de allí desesperado, no pensando ya más que en los medios de hacer suya la mujer que le parecía la única deseable y la más; y pronto, olvidando promesas y juramentos, desató violentamente los lazos que le unían a su prometida.

Visitó de nuevo la montaña; el muchacho aquel tenía padre, tenía hermanos, y no le fue difícil obtener que sacrificase su amor –amor de pobre– en aras del bienestar de los suyos.

Todavía logró más el envidioso; –¿qué no alcanzan la ... y un verdadero amor?– logró que la joven, ofendida por el abandono de su amante, fuese olvidándole poco a poco, para corresponder al ardiente amor que inspiraba.

El mundo adquirió entonces para Cadór encantos desconocidos; por vez primera se consideraba feliz y podía contemplar impunemente el gozo ajeno. Su amada, comprendiendo, el mal de que adolecía habíase propuesto sanarlo con el divino bálsamo de la bondad y de la ternura; había logrado hacerle comprender cuánta era la bajeza y cuánta la felicidad del sentimiento que le atormentaba.

El miserable creyóse curado de veras. Pero, ¡ay!, que un día vio una lágrima –¡quizá la última que ella dedicara a su amor primero!– rodar por la mejilla de su adorada y sorprendióse envidiando aquella lágrima; sintió después envidia del avecilla cuyo plumaje alisaba ella con sus dedos, el lucero en que posaba sus ojos, de la rosa que acercaba a sus labios, y hubiera querido ser a la vez estrella, pajarillo, flor, todo lo que temía pudieran robarle, por un instante siquiera, un átomo de su cariño. Luego, y como si hubiera sido aquella una postrera crisis de su dolencia, el alma del envidioso recobró de nuevo la calma.

Entonces, sí juzgóse curado definitivamente, pero, dudoso siempre de sí mismo, quiso tener junto a todas horas la adorada criatura que constituía a un tiempo su salud y su dicha.

¡Por fin soy dichoso! –exclamó con un suspiro de alivio, una vez terminada la ceremonia que le unía para siempre a ella–. –Poseo todo lo que anhelaba y ya nada ni nadie puede inspirarme envidia. Ahora, por ejemplo –se dijo contemplando a su esposa que no lejos de él le miraba también sonriendo– nadie lograría llegar hasta mi amada, nadie podría abrazarla antes que yo.

Y dirigióse hacia ella con los brazos abiertos; iba ya a estrecharla, cuando, fijando casualmente su vista en el suelo, vio que su sombra, adelantándose, había llegado junto a la joven, cuyos pies parecía besar.

Se detuvo, un grito se escapó de sus labios, y cayó al suelo muerto, muerto repentinamente de dolor y de rabia.

¡El desdichado había tenido envidia de su propia sombra!¹

¹ Flordaliza, “Cador el envidioso”, *La Democracia*, año XVII, número 4,554, 12 de diciembre de 1906; p. 4.